

## LOS ZAPATOS DE JUAN

(JOSÉ ANTONIO RIVERO)

—¿Por qué nunca hablas del abuelo?

Fue una pregunta envuelta en la inocencia de mis doce años. Recuerdo que estaba sentada en la mesa con mi familia un día de 1975. Con el tiempo he olvidado si era a mediodía o a la noche, pues mi memoria terminó por centrarse, más en lo que sucedió, que cuando sucedió. En las sobremesas, a mi padre le encantaba contar sus historias de niñez repleta de miseria y mañanas azules, de adolescencia agria y calmados arroyos, de hombría callada y sueños eternos. Sus ojos habían asimilado la dureza de la vida de tal manera, que el rencor nunca empañaba la ternura de su mirada mientras iba desgranando las palabras, por muy duras que fueran las vivencias. Hasta que hice mi pregunta. Entonces sus ojos oscuros se empañaron, al tiempo que su voz quedaba atrapada en la garganta, como si la mirada y las palabras estuvieran conectadas de forma invisible. Por unos instantes permaneció inmóvil, con el tiempo detenido entre las respiraciones y las historias. Luego se levantó despacio, como temiendo despertar los fantasmas del pasado y se encerró en su dormitorio.

Mi hermano me miró en silencio. Mi madre también. Yo devolví las miradas sin entender qué había pasado. De siempre he sido una mujer curiosa de saberes, de perseguir los pequeños detalles que transparentan las historias y de intentar leer los renglones torcidos. Mi padre hablaba orgulloso de su familia, de sus tíos, de sus hermanos y primos... Pero nunca de su padre. Esa ausencia de la figura paterna me llamaba la atención, puesto que en los vacíos siempre se oculta algo.

—Nunca vuelvas a preguntar a tu padre sobre el abuelo —dijo mi madre mientras me tomaba la mano. En sus ojos no había reproche. Ni siquiera dolor. Simplemente una tristeza infinita que envolvía la esencia de su mirada.

—¿Por qué? —Necesitaba averiguar la ausencia de mi padre y el misterio que encerraba la respuesta de mi madre. Saber el motivo de los silencios sobre la mesa, el tiempo detenido y el velo que apagaba los ojos oscuros—. ¿Era un hombre malo?

—No —respondió con la tristeza prendida todavía en ella. Daba la sensación de que la pregunta había reavivado el rescoldo de una hoguera que nunca se había apagado—. Malos fueron quienes se lo llevaron.

—No te entiendo —repliqué confusa. Lejos de aclararme algo, su respuesta lo había enredado todo un poco más—. ¿Quiénes se lo llevaron?

—Gente del pueblo —respondió en voz baja, temerosa de que tras las paredes hubiera alguien escuchando—. Vecinos con los que se cruzaba a diario, que lo saludaban o se tomaban un vino en la taberna.

—¿Dónde se lo llevaron? —pregunté impaciente. Tenía la impresión de que mi madre daba rodeos para no llegar a ninguna parte, como si quisiera ocultar el grano entre la paja.

—No lo sé —confesó a la par que negaba levemente con la cabeza. Por unos momentos fijó su mirada en un punto perdido entre la nada y la ventana, quizá buscando las palabras que le faltaban. Fueron unos segundos en que la eternidad pareció detenerse, pendiente de los pensamientos y las frases esquivas. Luego suspiró de repente, como recién salida de un letargo y continuó—. Eso tendrías que preguntárselo a ellos. Se lo llevaron una mañana y no lo volvimos a ver nunca más.

–¿Quiénes son ellos? –La ansiedad comenzó a apoderarse de mí. Sentía el latido del corazón golpeando en las sienes, mientras el estómago pareció cerrarse de pronto aprisionando las entrañas con un nudo–. ¿Sabes quiénes son ellos?

–Sí –La tristeza se acentuó aún más. Su breve respuesta pareció retumbar sobre la mesa a modo de eco, repitiendo la afirmación hasta fundirse entre la cal de las paredes.

–¿Por qué no les preguntas? –Mis doce años lo simplificaban todo entonces. Para mí una pregunta siempre iba acompañada de una respuesta. En aquel momento no entendía que la vida era más compleja que una pregunta y su respuesta. Luego, con el tiempo, comprendí que había hechos que no necesitaban palabras, sino que eran las emociones humanas las que conversaban.

–No era el momento de preguntar –La resignación de sus ojos envolvió la tristeza, como acariciándola, convirtiendo su mirada en un mundo donde la paja seguía escondiendo el grano y las verdades entre las mentiras.

–¿Cuándo es el momento? –pregunté impaciente.

–Eres demasiado joven para entenderlo –Su mirada cambió de pronto, dando paso al rescoldo de la hoguera que nunca se había apagado–. Te prometo que algún día te lo contaré todo.

La respuesta me dejó dolida. Ser joven no era necesariamente ser inmadura. Me consideraba capaz de afrontar la situación con la experiencia suficiente de mis doce años. Mas mi madre sabía lo que hacía. De eso me doy cuenta con el paso de los años, cuando también soy madre y tengo que alargar en el tiempo las preguntas incomprendidas.

Seguí con mi vida de adolescente restringida a una casa, una cocina y un tajo en el campo. Franco murió. Tras él llegó el rey con sus pesetas nuevas y la promesa de una democracia que alternara el orden de las verdades y las mentiras. Fui creciendo, madurando, viviendo... Todo cambiaba demasiado deprisa, incluso los sueños. Los años fueron despojando creencias para añadir otras nuevas, siempre bajo la atenta mirada de mi madre que, orgullosa, gobernaba en silencio mis pasos en los caminos. Y cuando menos me lo esperaba llegó el día. Recuerdo que estábamos en el patio lavando la ropa en el lebrillo y, entre friegas y friegas sobre la tabla de madera, comenzó a desgranar la historia con calma, como si desde el momento en que hice la pregunta sobre mi abuelo hubiera estado madurando su respuesta.

–Tu abuelo Juan era un hombre sencillo, sin ideologías, al que solo le interesaba sacar adelante su parcela y su familia...

Sin dejar de lavar, su voz se fue acompasando suavemente a la historia desprovista de altibajos o dudas, acariciando cada palabra que salía de sus labios, sabedora de que ese momento quedaría grabado para siempre en la memoria de ambas, ya que significaba unir dos destinos en uno solo. Me contó que vivía en una casa cerca de la plaza con su mujer y sus seis hijos: cinco varones y una hembra entre catorce y veintidós años. Dentro de la dureza de aquellos años, llevaba una vida tranquila, centrado en sacar lo mejor de la tierra que tenía arrendada, esquivando la política y los problemas.

–Los años de la República fueron complicados en el pueblo. Había demasiado rencor en el ambiente –hizo una pausa, más que para tomar impulso, para recalcar la importancia de lo que estaba por decir. Se enjugó el sudor de la frente con el reverso de la mano a la par que suspiraba y, justo cuando retomó la faena, continuó su monólogo, dando la sensación de que su cerebro parecía estar conectado con el movimiento de sus manos sobre la tabla–. El rencor es malo. Sobre todo, cuando se acumula en el tiempo.

Yo asentía y callaba. Si mi madre lo decía, tendría sus razones, puesto que su sabiduría innata y sencilla provenía de las experiencias vividas, del dolor y de las piedras del camino. Y es que no hay mejor maestro que la propia vida.

—Había una taberna en la plaza que frecuentaban miembros de la Falange. Era como su sede...

Una vez segura que sus palabras habían calado en mi interior, volvió su voz desprovista de altibajos y dudas, desmenuzando la historia con calma al compás de las friegas. Me contó que una noche tiraron una piedra que rompió el cristal de la ventana de la taberna. Dio la casualidad de que en ese momento había una pareja de la Guardia Civil en el interior, por lo que salieron a investigar en un intento de encontrar al culpable. En la primera casa que preguntaron vivía un matrimonio mayor que no tenía hijos. La mujer les dijo que ella no sabía nada, que quizá pudiera ser alguien de la casa vecina, donde vivía mi abuelo, ya que había muchos jóvenes y, como tal, con tendencia a ser revoltosos.

—Lo lógico hubiera sido que fueran a preguntar a casa de tu abuelo Juan, pero no lo hicieron. Aquello pareció quedar en el olvido. Hasta que unos meses después estalló la Guerra Civil. Entonces volvió el rencor...

Y ese rencor que se acumula en el tiempo hizo el resto. Desde el primer momento fueron a por mi abuelo. Regresaron a su casa, al hogar de un hombre de campo sin ideología alguna, en busca de una venganza de orgullo y cristales rotos. La misma que se guarda en la memoria a la espera del momento de superioridad que daba alas al gatillo fácil. Mas mi abuelo se encontraba trabajando junto a mi padre, que era el menor de los hermanos, en la plantación de melones que tenía en la parcela. Y como la venganza no podía esperar se llevaron a Curro, otro de sus hijos. Necesitaban a alguien que pagara por la afrenta de una noche que se resistían a olvidar, así que cogieron al primero que encontraron en la casa, lo acusaron de tirar la piedra y se lo llevaron. Con un culpable en el calabozo, olvidaron al resto de la familia.

—Cuando tu abuelo volvió del campo fue preguntando uno a uno al resto de sus hijos —Otra pausa para recalcar la importancia de lo que estaba por decir. Otra vez el reverso de la mano limpiando el sudor de la frente. Otro suspiro mientras retomaba la faena—. Todos lo negaron. Y tu abuelo Juan, con la seguridad de ser inocente en su conciencia, se fue al cuartel a reclamar a su hijo.

La perspectiva del tiempo hace que todo parezca más fácil, pues vemos el pasado con los ojos del presente. Deslizamos nuestra mirada hacia atrás sin entender que el mundo de hoy solo era un atisbo en sus destinos, una página en blanco que aún estaba por escribir. Por eso en aquel momento me sorprendió la ingenuidad de mi abuelo pretendiendo pedir justicia en medio de una guerra. Pero a medida que continuaba el relato fui entendiendo que para él su familia estaba por encima de todo. Y cuando la sangre heredera llega al cerebro, la mente deja de ser racional para centrarse solo en defender lo que era suyo. Sin darme cuenta las palabras de mi madre comenzaron a transformarse en imágenes y, como si estuviera sentada en un cine, fui visualizando las escenas a medida que la historia salía de sus labios entre friega y friega. Pude ver a mi abuelo caminando por las calles solitarias del pueblo decidido a pedir esa justicia que le pertenecía, la que llevaba en la conciencia y la que le hacía avanzar sin miedo. Lo vi entrar en el cuartel, discutir con los Guardias Civiles en su empeño de liberar a su hijo. Lo vi rendirse ante el rencor y la necesidad de un culpable, por lo que se ofreció a cambiarse por Curro.

Visualicé a mi abuela preguntando desesperada, intentando obtener información de círculos próximos a la Falange que tenían contacto con el cuartel. Todos la tranquilizaban diciéndole que su delito era insignificante y que no le pasaría nada. Y todos se equivocaron.

–Una mañana subieron a los presos en un camión y se los llevaron –De nuevo la pausa, el sudor en la frente y el suspiro, más profundo esa vez. Un leve temblor en los labios como preludio de tragedia, de página que nunca se escribiría y destino torcido–. Tu abuelo sabía dónde iba. Y como condenado a muerte pidió un último deseo: que sus zapatos se los entregaran a tu padre.

Mi madre enmudeció. Detuvo sus manos sobre la tabla de lavar y me miró con la tristeza infinita que a veces envolvía su esencia. No era una pausa para recalcar la importancia de lo que venía, sino para animarme a mirar con los ojos del pasado. Para que intentara comprender el dolor que la vida había depositado sobre los hombros de mi padre. Entonces entendí el tiempo de espera: mi dolor debía de ser diferente al de él. Desde ese momento dejé de visualizar las escenas y la pantalla se apagó, incapaz de imaginar su figura ingenua y descalza.

Guiada de nuevo por las palabras de mi madre, que había conseguido reanudar su relato, fui conociendo los detalles de una historia que, durante muchos años, fue una pesada loza que mi familia cargó sin tener culpa alguna.

–Los mismos que lo mataron se presentaron en casa de tu abuela a llevarle los zapatos. Con rencor aún, pero sin remordimientos.

Gracias a Florencio, mi abuelo materno, que estuvo de concejal en el ayuntamiento, mi abuela puso conocer los entresijos de la historia, las acusaciones sin fundamento de la Guardia Civil y la manera en que murió: al ser acusado de tirar la piedra, le cortaron las manos, lo remataron de un tiro y luego lo enterraron en una fosa común. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo al enterarme de la muerte atroz de un hombre bueno cuyos únicos ideales eran su familia, su parcela y sus amigos. Aunque mi madre siguió hablando, su voz me llegaba difusa, como tamizada por el dolor y los años. Su relato continuaba mientras mi mente se negaba a procesar sus palabras, paralizada por la crueldad de unos hombres que días antes de rematarlo lo saludaban por la calle o se tomaban un vino en la taberna. Ese rencor del que hablaba mi madre, el mismo que se acumulaba en el tiempo por un simple cristal roto, había llegado demasiado lejos. Poco a poco mi mente comenzó a procesar de nuevo las palabras y, entre retazos inconexos, pude percibir la lucha de mi abuela por retener a sus hijos para que no se tomaran la venganza por su mano. Sabía que para ellos era duro cruzarse con los verdugos de su padre, pero peor sería perderlos cuando más falta les hacía. En ese momento los necesitaba a su lado y no en alguna fosa perdida rematados por un tiro.

El tiempo fue corriendo lenta e inexorablemente llevando entre los días la tristeza, el hambre y las campanas tocando a muerto. La guerra se alejaba cada vez más del pueblo, pero no el miedo a un cristal roto, un golpe en la puerta de madrugada o un saludo a destiempo. El campo tenía su propio compás, así que fue marcando la vida de los hombres y mujeres, sosegando entre las espaldas rotas el latir de una sangre demasiado caliente. Una calma tensa fue cubriendo los trigales a medio segar, los caminos de pisadas eternas y las calles cada vez más solitarias. Las oraciones se engarzaban entre las cuentas de los rosarios, las risas se escondían tras las paredes y las palabras se dejaban caer apagadas, como si fueran semillas en la tierra reseca.

Uno de esos días en que el tiempo parecía perdido en el pueblo, mi padre vio cómo su mejor amigo se peleaba con su cuñado. Sin pensárselo dos veces medió en la pelea para apartarlos y, una vez lo consiguió, cada uno se fue por un camino diferente, sin darle explicaciones sobre su disputa. Su sorpresa vino después, cuando su amigo seguía manteniendo amistad con su cuñado mientras que a él, que se había limitado a separarlos, le retiraba la palabra. Fueron muchas veces las que mi padre se lamentó de la actitud de su amigo, a quien consideraba parte de su familia. Juntos compartieron la niñez, las confidencias de pubertad, los tajos de penurias y los primeros cigarrillos. Y una simple pelea en la que se había limitado a mediar tiraba por tierra toda una vida juntos, sin motivos ni explicaciones. Mi padre aceptó la decisión y continuó su vida. Una vida marcada por un cristal roto y unos zapatos de herencia, donde la posguerra fue marcando el devenir de un pueblo que perdió su esencia entre el miedo, el hambre y la miseria.

—Cuando el amigo de tu padre sintió que le llegaba la hora de su muerte, hizo una confesión —Volvió la pausa de las cosas importantes por decir. Mas esa vez no se enjugó el sudor de la frente. Ni lanzó suspiro alguno, ni hubo temblor de labios como preludeo de tragedia. Simplemente sonrió. Y esa sonrisa la despojó de su tristeza infinita—. Fue él quien tiró la piedra aquella noche.

La revelación provocó que volvieran las imágenes a mi mente, la pantalla de cine y la silueta de mi padre. Lo visualicé inspirando profundamente y luego soltando el aire de golpe, liberado por fin de la pesada loza que su familia cargó sin culpa. Entonces sonreí también. Y mi sonrisa se unió a la de mi madre. Fue una sonrisa de rencores olvidados, de perdón y paz interior.

—¿Por qué no lo dijo antes? —pregunté asombrada.

—Porque tuvo miedo. Pasaba por la taberna y tiró la piedra sin más intención que una simple gamberrada. Sabía que si hablaba sería él a quien fusilarían, así que calló y dejó que tu abuelo cargara con la culpa. Le retiró la palabra a tu padre porque era incapaz de mirarlo a la cara.

Recuerdo que mi madre siguió lavando, pero ya en silencio, con la sensación de deber cumplido y paz en el alma. La historia, nuestra historia de dolor y palabras atrapadas en la garganta, había sido contada. Ya solo quedaba asimilarla y olvidar los fantasmas del pasado, esos mismos que mi padre trataba de evitar cada vez que surgía el nombre de mi abuelo. Desde entonces no volví a hacer preguntas sobre el pasado. Mi padre siguió desgranando su niñez entre mañanas azules, adolescencias agrias y hombrías calladas, sin rencor acumulado en el tiempo. Siguió hablando de su familia, de sus tíos, de sus hermanos y primos, ya sin vacíos, puesto que todos sentíamos la presencia de ese hombre bueno que dio la vida por su hijo.

Con el tiempo mi padre terminó enfermando. Creo que la pesada loza que cargó sobre sus hombros durante tanto tiempo lo fue debilitando, haciendo que sus defensas terminaran por arrojar la toalla. Tanta lucha incomprendida tiene a veces ese precio. En una de esas mejorías que son la antesala de la muerte, me cogió del brazo y, mirándome con sus ojos limpios, me preguntó:

—¿Sabes dónde voy a ir pronto?

—No —respondí sin darle importancia. La fuerte medicación hacía que a veces desvariara un poco—. ¿Dónde vas a ir que estés mejor que aquí?

—A llevarle los zapatos a mi padre.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo al oír su respuesta. Era la primera vez que hablaba de mi abuelo. Sentí alegría y pena al mismo tiempo. Alegría porque al fin había

pronunciado esa palabra que llevaba tanto tiempo esperando. Una palabra que marcó un antes y un después no solo en su vida, sino también en la de mi familia. Pena por no haber compartido con él las historias de su padre en las sobremesas, uniendo su nombre al de los demás en las mañanas azules, los calmados arroyos y los sueños eternos. Sabía que se moría y en esa lucidez que precede a la partida había recordado su herencia. Una herencia tan pesada que lo marcó hasta sus últimos días, donde pareció que su única meta en la vida fue devolverle los zapatos a su padre. Al menos, él pudo darme su recado en persona, a modo de despedida sin decir adiós, al contrario de lo que le hicieron a mi abuela, que le llevaron la noticia los mismos que lo ajusticiaron. Nunca conocí a mi abuelo, pero habiendo conocido a mi padre, no hace falta que nadie me diga cómo era.

Dicen que la historia la escriben los vencedores. Creo que ha llegado el momento de que los vencidos escriban la suya. Por eso siento que debo contar su historia con orgullo. Porque es la historia de un hombre honesto que pagó por los pecados de otro y cuya mejor herencia fueron unos zapatos. Siento que tengo que reivindicar la dignidad y la paz de los vencidos, de los que se quedaron sin voz y sin memoria. De aquellos hombres y mujeres que pagaron el precio del rencor acumulado, de las piedras en las ventanas y las páginas por escribir. Hoy, más que nunca, me siento también orgullosa de mi abuelo, de mi padre y de todos los que luchan por un mundo mejor y más justo. Gracias a ellos, he vuelto a tener fe en la humanidad.